

Laissez faire!

ROBERT SCHUETTINGER
EAMONN BUTLER

4.000 AÑOS
DE CONTROLES
DE PRECIOS
Y SALARIOS

Prólogo de
Javier Milei



Unión Editorial
2020

© 2014 GRUPO UNIÓN - UNIÓN EDITORIAL ARGENTINA

Correo: union@lugardelibros.com

www.lugardelibros.com

@unioneditorial

© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Nicaragua, 17 - local • 28002 Madrid

Tel.: +34 913 500 228

Correo: editorial@unioneditorial.net

www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-792-6

Depósito legal: M [En trámite]-2020

Coordinación editorial Rodolfo Distel (@rdistel)

Traducción de Betina Heyer, Analía Tiévoli, Silvia Pedreira,

Lidia Diament, Martín Krause y Henry Forbes.

Colaboró para esta edición Luis Quadrelli

Composición por #MCHFS

Impreso por JMP GRAPHIC, S.L.

Arte de tapa de ARGHOOST_TOONS

Printed in Spain • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para
Milton y Rose Friedman

Prólogo para esta edición

Por Javier G. Milei

Esta monumental obra sobre “4.000 años de Controles de Precios y Salarios” de Robert Schuettinger y Eamonn Butler constituye un valioso y oportuno aporte tanto para nuestro conocimiento como para el debate sobre cómo no combatir a la inflación. A pesar de los ejemplos que brinda la historia, muchos gobiernos y funcionarios públicos sostienen que el control de precios es una medida efectiva para controlar la inflación. En consecuencia, ponen en práctica políticas monetarias y fiscales que llevan a la inflación, convencidos de que lo inevitable no sucederá. Así, cuando lo inevitable finalmente sucede, la política económica fracasa y las esperanzas se desvanecen. Los errores se multiplican y la confianza en los gobiernos que implementaron las medidas colapsa, lo cual termina empujando a la sociedad a situaciones verdaderamente indeseables.

La experiencia vivida en situaciones de control de precios y salarios abarca casi todos los períodos de la historia, lo que constituye una excelente oportunidad para explorar los resultados de esta política. No existe ninguna otra medida de política económica, salvo por los estudios sobre la estrecha relación entre la tasa de emisión monetaria e inflación, cuyos efectos se hayan visto reflejados en momentos históricos tan diversos, en distintos sitios, pueblos, sistemas de gobierno y sistemas de organización económica.

Ya desde la quinta dinastía de Egipto (2830 Antes de Cristo), en Sumeria, en Babilonia con el Código de Hammurabi, la Grecia antigua y en la Roma Imperial mediante el tristemente célebre edicto de Diocleciano, los soberanos respondieron

repetidamente a las alzas de precios exactamente del mismo modo: increpando a los “especuladores”, pidiendo a los simples particulares que muestren un sentido de responsabilidad social y mantengan los precios a que veden sus productos o sus servicios, y tratando mediante prohibiciones legales u otros expedientes de impedir que los precios suban. En esta línea, el trabajo realizado por Schuettinger-Butler muestra una secuencia uniforme de fracasos reiterados. En rigor, no existe un solo caso en la historia en el que el control de precios haya detenido la inflación o superado el problema de la escasez de productos.

Sin embargo, pese a los malos resultados, no es difícil encontrar las razones por qué tales creencias son tan populares. A nadie le gusta sentirse responsable de las cosas desagradables que ocurren. Si bien a muchos les gusta la inflación porque personalmente los favorece, casi todo el mundo piensa que la inflación es mala en general y a nadie le gusta admitir que es responsable de ella. Para un gobierno resulta mucho más fácil atribuir la inflación a los especuladores o a los sindicatos obreros que insisten en obtener salarios más altos o a la testarudez de los productores agrícolas que son incapaces de aumentar la producción de alimentos, que aceptar su incapacidad y/o su culpa en el manejo de la política económica.

Tal como señalara Milton Friedman: “Puede que los empresarios sean voraces, los sindicatos ambiciosos, los consumidores despilfarradores, los jeques árabes hagan subir el precio del petróleo y las condiciones meteorológicas a menudo sean malas. Todo esto puede conducir a aumentos de precios de bienes individuales, pero no puede llevar a un incremento general de los precios de los productos. Puede provocar una suba temporal de la tasa de inflación pero, no puede ser la causa de una inflación continua por una razón muy simple: ninguno de estos aparentes culpables posee la máquina de imprimir

estos trozos de papel que llevamos en nuestros bolsillos". En definitiva, "la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario y esta se contuvo solamente cuando se impidió que la cantidad de dinero continuara creciendo demasiado rápidamente; y este remedio resultó eficaz, se hubieran adoptado o no otras medidas".

La inflación libre de controles siempre es perniciosa. Generalmente produce indeseables transferencias de ingresos y riquezas, debilita la estructura social y puede deformar la estructura de la producción. Pero si es moderada y especialmente si es constante, se hace posible preverla, de manera que los malos efectos que pudiera tener sobre la distribución de los ingresos pueden anularse. Si bien la inflación es dañosa, cuando los precios se mueven libremente, el sistema de empresa privada (que es extremadamente flexible), se adaptará al movimiento, acomodará su paso y continuará operando de manera eficiente. En este sentido, los principales peligros de la inflación libre son dos: (i) la tentación de acelerar la tasa de inflación a medida que la economía va adaptándose y (ii) la tentación de intentar remedios, especialmente el de la supresión, que son peores que la enfermedad.

En función de lo anterior, cuando un gobierno cae en la tentación de recurrir a los controles de precios, nos encontramos frente al caso de la inflación combatida. El control de precios y salarios no detienen la inflación; sencillamente lo que hacen es desplazar la presión a otra parte y suprime algunas de sus manifestaciones. Aun una inflación moderada, si se intenta suprimirla eficazmente en amplios sectores vía los controles de precios, ello puede dañar fatalmente al sistema económico, político y social. Exigir la intervención estatal en los menores detalles de la actividad económica puede destruir el sistema de libre empresa y, junto con él, la libertad política. El mal estri-

ba en que el intento de supresión impide que obre el sistema de precios. Así, el gobierno termina suministrando como medicina un sustituto extremadamente ineficaz. De esta manera, cuanto mayor sea la inventiva de los individuos para eludir los controles de precios y cuanto mayor sea la tolerancia de los funcionarios en cerrar los ojos a esas evasiones, tanto menor será el daño producido. Por otra parte, cuanto más obedientes a la ley sean los ciudadanos y cuanto más rígida y efectiva sea la imposición de la maquinaria gubernamental, tanto mayor será el daño”.

Es muy deseable evitar la inflación pero si, por cualquier razón, no es factible hacerlo, es mucho mejor que la inflación continúe libremente su curso y no que se intente suprimirla. Esa inflación que se intenta suprimir es mucho más perniciosa para la eficiencia y la libertad que la inflación libre, y cuanto más efectivo sea el intento de supresión, tanto mayor será el daño causado. Este último resultado surge de:

(i) Las pautas confunden el problema y hacen menos probable la adopción de una política correcta. Al aprobar las pautas oficiales, el empresario y el dirigente sindical implícitamente hacen que el gobierno lave sus manos en cuanto a su papel, por lo que ello alienta al gobierno a posponer la adopción de medidas capaces de remediar la situación.

(ii) Cualquiera que sea el grado de sumisión a las pautas, tal sumisión produce siempre desorganización en la colocación de los recursos y en la distribución de la producción.

(iii) Los controles “voluntarios” invitan al empleo de poderes extralegales para lograr la sumisión y en el mundo moderno tales poderes son amplios. Si los poderes legales acordados para otros fines pueden hoy emplearse para el “buen” fin de mantener bajos los precios, mañana podrán emplearse para otros

finés que quizá parezcan igualmente “buenos” para los hombres que se hallan en el poder, como por ejemplo simplemente mantenerse ellos en el poder. Es notable comprobar cuánto ha declinado el número de hombres de negocios dispuestos a dejar que se los cite por su nombre cuando hacen comentarios adversos al gobierno.

(iv) La sumisión a los controles “voluntarios” plantea un grave conflicto de responsabilidad a los empresarios y a los dirigentes sindicales. Se les dice que deben sacrificar sus intereses en aras de una “responsabilidad social”, sin embargo, ¿en qué medida es propio que hagan tal sacrificio? Si el empresario o el dirigente sindical tienen que convertirse en un funcionario civil, ¿continuará siendo un empresario o un agente de los trabajadores? ¿no lo destituirán? O contrariamente, ¿el gobierno no ejercerá de hecho autoridad sobre él?

Por ello y, volviendo al Padre del Monetarismo, como “la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario” la responsabilidad de controlarla incumbe al gobierno. Los topes de precios y salarios impuestos legalmente no pueden eliminar la presión inflacionaria. En el mejor de los casos puede intentar adormecerla. Sin embargo, la inflación que se intenta anestesiar es mucho más perniciosa que la inflación libre. Las pautas oficiales y exhortaciones a una sumisión voluntaria no son medios efectivos de contener la inflación, sino, en el mejor de los casos, son una cortina de humo destinada a ocultar la falta de acción por parte del gobierno.

Por lo tanto, más allá de sus efectos económicos, las pautas oficiales amenazan el consenso de valores compartidos por la comunidad, el cual constituye la base moral de una sociedad libre. Así, en nombre de la responsabilidad social se exhorta al público a someterse a ellas; sin embargo, aquellos que se someten se dañan a sí mismos y dañan a la comunidad. La con-

ducta moralmente cuestionable –evadir los requerimientos de las autoridades y violar los controles de precios y salarios impuestos – es beneficioso, tanto desde el punto de vista privado como desde el punto de vista social. Tales medidas incuban en el público la falta de respeto por la ley y hacen que los funcionarios se sientan propensos a emplear poderes extralegales poniendo en jaque los propios cimientos de la libertad. En definitiva, las políticas de controles de precios son dañosas porque no sólo pospone en el tiempo las medidas efectivas para controlar la inflación, desorganiza la producción y la distribución, sino que además crean una fuerte división social y fomentan la puesta en marcha de restricciones que amenazan a la libertad política de los individuos.

Javier G. Milei

Buenos Aires, Julio de 2015

Prólogo a la edición en inglés

Los intentos para implementar una política de control de precios y salarios, se registran en casi toda la historia. Como bien detallan Robert Schuettinger y Eamonn Butler en esta interesante obra, el control de precios y salarios se registró desde los tiempos de Hammurabi y el Antiguo Egipto, hace 4.000 años hasta hoy día en que leemos en los periódicos matutinos noticias sobre el control de los alquileres en Nueva York, Boston y otras ciudades de los Estados Unidos, el programa de control “voluntario” propuesto por la Administración Carter y el control oficial de precios y salarios en Noruega, Dinamarca e Irán, entre otras naciones.

La experiencia vivida en situaciones de control de precios y salarios es tan vasta que abarca casi todos los períodos de la historia, lo que constituye una excelente oportunidad para explorar los resultados positivos y negativos de esta política. No recuerdo ninguna otra medida de orden público y económico cuyos efectos se hayan visto reflejados en momentos históricos tan diversos, en distintos sitios, pueblos, sistemas de gobierno y sistemas de organización económica -exceptuando, tal vez, estudios sobre la relación entre la inflación y los aumentos en la emisión de dinero.¹

Los resultados de esta investigación merecen toda atención, dada la clara información que proporcionan con respecto a

1 Un resumen excelente es el de Anna J. Schwartz, “Secular Price Change in Historical Perspective”, Universities. National Bureau Committee for Economic Research, Conferencia sobre Inflación Secular (Conference on Secular Inflation)— suplemento del *Journal of Money, Credit and Banking*, febrero de 1973, pág. 264.

ciertos fenómenos económicos y políticos, aún si la política de control de precios y salarios ya no se considerara seriamente como una medida económica viable.

El hecho de que en muchos países y mercados existen, y que otros consideren la aplicación de la medida, incluyendo a los Estados Unidos, obliga a examinar los registros históricos de la aplicación del control que presenta esta obra.

¿Cuáles son, pues, los logros de la reiterada aplicación de esta política a los efectos de obtener la inflación y superar la escasez de bienes? La recopilación histórica muestra una secuencia uniforme de fracasos reiterados. En realidad no existe un solo caso en la historia en el que el control de precios haya detenido la inflación o superado el problema de la escasez de productos. En lugar de reducir la inflación esta política ha generado otra clase de complicaciones a los males existentes, como el surgimiento de mercados negros y el desabastecimiento que reflejan la mala utilización y distribución de los recursos.

El control de precios no soluciona el problema de la escasez, por el contrario lo empeora. El control de precios desorienta tanto a los productores como a los consumidores. Los precios "bajos" establecidos para los productos limitan la oferta, mientras que los precios "bajos" establecidos para los consumidores estimulan la demanda. En consecuencia, el control de precios aumenta la brecha entre la oferta y la demanda.

A pesar de los ejemplos que brinda la historia, muchos gobiernos y funcionarios públicos aun sostienen que el control de precios es una medida efectiva para controlar la inflación. En consecuencia, ponen en práctica políticas monetarias y fiscales que llevan a la inflación, convencidos de que lo inevitable no sucederá. Cuando lo inevitable sucede, la política de orden público fracasa y las esperanzas se desvanecen. Los errores se multipli-

can, y declina la fe en los gobiernos y funcionarios que implementaron las medidas que crearon las situaciones indeseables.

Se coarta la libertad política y económica y los ciudadanos sufren las consecuencias.

La exactitud de las matemáticas y ciertas leyes de la física comprueban algunas de las consecuencias inevitables y predecibles de la implementación de esta medida, tales como la aparición de mercados negros y similares intermedios. Las naciones que ignoran estas consecuencias corren el mismo riesgo que aquellas que establecen que dos más dos es tres, que el teorema de Pitágoras es falso o promulgan leyes que limitan la temperatura del vapor a 40 grados (Fahrenheit o Centígrados).

La experiencia personal que muchos de nosotros hemos vivido a través del tiempo con relación al control de precios y salarios, además de los ejemplos históricos y de las propuestas económicas válidas tan hábilmente desarrolladas en esta obra, parecerían ser factores más que suficientes para convencer al público y a los funcionarios del gobierno de que dicho control de precios y salarios sencillamente no funciona. No obstante, la triste realidad es que a pesar de las evidencias y el análisis, muchos de nosotros aún recurrimos al control de precios para resolver o atemperar el flagelo de la inflación. Las sucesivas encuestas realizadas evidencian que la mayoría de los ciudadanos norteamericanos preferirían regirse por controles oficiales. Si las encuestas son correctas, y no tengo razones para creer lo contrario, ello significa que muchos norteamericanos no hemos comprendido aún lo que cuarenta siglos de historia nos han enseñado sobre el control de precios y salarios. Entonces surge otro interrogante. No nos cuestionamos ya por qué razón el control de precios y salarios no es una medida efectiva sino por qué, a pesar de los reiterados fracasos, los gobiernos

continúan experimentando con esta medida con el apoyo aparente de sus ciudadanos.

Esta obra constituye un valioso y oportuno aporte a nuestro conocimiento y al continuo debate de asuntos de importancia relativos al orden público. Sinceramente deseamos aprender lo suficiente de cuarenta siglos en la historia del control de precios y salarios como para no condenarnos a repetir fracasos inevitables y costosos.

DAVID I. MEISELMAN
Virginia Polytechnic
Institute and State University
1979

PREFACIO

Los autores comenzaron a trabajar en la presente obra en 1974, exactamente cuando en Estados Unidos deja de aplicarse la política del control que implementara el gobierno de Nixon. A partir de ese momento, hemos examinado más de cien casos en los cuales se implementó la política de control en treinta naciones diferentes desde el año 2000 A.C. hasta 1978. Naturalmente, esta obra es un breve estudio de un tema muy amplio. A pesar de ello entendemos que ésta es la única obra que desarrolla en un solo tomo la historia del control de precios y salarios en las más importantes naciones del mundo. Esperamos, pues, que los datos reunidos y analizados sean útiles para los estudiosos que deseen profundizar en aspectos más especializados de la historia de la inflación y de los controles impuestos por los distintos gobiernos en materia económica.

Concluimos que si bien existieron casos en los cuales la política de control mitigó, en apariencia, los efectos de la inflación por un breve lapso, nunca resultó una medida efectiva con el correr del tiempo. La razón básica de este fenómeno radica en que no se ha combatido a la causa real de la inflación, que es un aumento en la emisión monetaria superior al aumento de la producción.

Gobernantes de los tiempos más remotos intentaron solucionar sus dificultades financieras, mediante la depreciación monetaria o la emisión de moneda sin respaldo a valores nominales altos. Gracias a la tecnología moderna los gobiernos de los últimos siglos han tenido máquinas impresoras a su entera disposición. Cuando estos métodos terminaron en la inflación, los mismos gobernantes optaron por el control de precios y salarios.

Cuarenta siglos (o más) después, la inflación sigue siendo un problema. Encuestas realizadas recientemente en los Estados Unidos revelan que una mayoría abrumadora considera que en la actualidad la inflación es el problema más importante que enfrenta el país.

Si con nuestra obra contribuyéramos al debate de este tema crucial y movilizáramos a nuestros países hacia una solución realista, nuestro esfuerzo no habrá sido en vano.

Ambos autores consultaron y cotejaron entre sí el contenido de sus respectivos capítulos y se responsabilizan por la totalidad de la obra. Andrew Chalk, recientemente nombrado miembro honorífico de Walker para la entidad de THE HERITAGE FOUNDATION y a punto de obtener su doctorado en la Universidad Washington en St. Louis, llevó a cabo la mayor parte de las tareas de investigación y escribió los borradores de los capítulos 9 y 10 (sobre Alemania y la Unión Soviética). Eamonn F. Butler redactó los capítulos sobre análisis económico (Capítulos 12,14, 16, 17, 18 y 19). Los coautores redactaron en forma conjunta los capítulos 13 y 15. Por su parte, Robert L. Schuettinger escribió principalmente los capítulos restantes, que son fundamentalmente de carácter histórico.

Los co-autores desean agradecer a varias personas que de alguna manera colaboraron en la realización de esta obra. Estamos profundamente agradecidos a Edwin J. Feulner Jr., el presidente de la Fundación Heritage, quien inicialmente sugirió a Robert Schuettinger la realización de esta obra hace cinco años, cuando ambos eran miembros del Congreso de los Estados Unidos; desde ese entonces el presidente de la entidad manifestó su gran interés en la ampliación y realización final de la obra, que originariamente era un ensayo corto, participando asimismo en forma activa en la gradual conclusión de la misma. Otros colaboradores que contribuyeron a mejorar la calidad de la obra son: Herv Berkowitz, Jameson Campaigne, Jr., Beverly Childers, Ma-

rion Green, Eugene Mc Allister, Charles Moser, Hugh C. Newton, Richard Odermatt, Shirley Starbuck, John J. Tierney, Jr., Phil N. Truluck y Richard S.Wheeler.

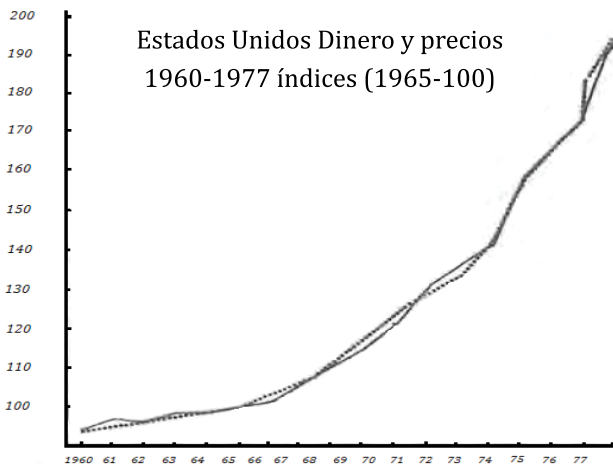
Desde luego, no existe ningún medio respetable por el cual los autores puedan eximirse de toda responsabilidad por los posibles defectos de la obra.

ROBERT L. SCHUETTINGER Burlington, Vermont

EAMONN F. BUTLER St. Andrews, Escocia

12 de febrero de 1979

LA INFLACIÓN SURGE CUANDO EL DINERO CRECE MÁS RÁPIDO QUE LA PRODUCCIÓN



El cuadro muestra la estrecha relación existente, desde 1960, entre el índice de Precios al Consumidor de los Estados Unidos y la tasa, cantidad de dinero, utilizando la definición amplia de moneda M2 (M2 equivale a billetes y monedas en poder del público y todos los depósitos bancarios menos los grandes depósitos a plazo fijo). La estrecha conexión verificada ha sido rastreada por los economistas a través de por lo menos 400 años de historia económica registrada.

Para una explicación completa de éste y otros fenómenos relacionados ver el capítulo de David I. Meiselman en "Worldwide Inflation: A Monetarist View", en *The Phenomenon of Worldwide Inflation*, editado por David I. Meiselman y Arthur B. Laffer (Washington, D.C.: The American Enterprise Institute, 1975).

Ver también el Capítulo Tres ("Monetary Correction") en el último libro de Milton Friedman, *Tax Limitation, Inflation and the Role of Government* (Dallas: The Fisher Institute, 12810 Hillcrest Road, Dallas, Texas, 75230, 1978). Este capítulo fue originariamente publicado en *Fortune*, julio 1974.

El Mundo Antiguo

Desde tiempos remotos, en verdad desde la misma aparición del gobierno organizado, los gobernantes y sus funcionarios han tratado, con distintos grados de éxito, de “controlar” sus economías. La noción de que existe un precio “justo” para una cierta mercadería, un precio que puede y debe ser impuesto por el gobierno, es aparentemente coetánea con la civilización.

En los últimos 46 siglos, por lo menos, los gobiernos de todo el mundo han tratado, de tiempo en tiempo, de fijar salarios y precios. Cuando sus esfuerzos fracasaban, como sucedía usualmente, los gobiernos echaban la culpa de ello a la perversidad y deshonestidad de sus súbditos, más que a la ineficacia de la política oficial. Las mismas tendencias subsisten hoy.

La pasión por la planificación económica, como ha señalado convincentemente el profesor John Jewkes,² es perenne. La planificación centralizada aparece regularmente en cada generación, de la misma forma en que es descartada luego de varios años de experimentación infructuosa, sólo para volver a surgir en una ocasión subsiguiente. Los grandiosos planes para regular las inversiones, salarios, precios y producción son usualmente presentados con gran fanfarria y fuertes esperanzas. A medida que la realidad se impone, sin embargo, los planes son modificados en las etapas iniciales, luego modificados un poco más, más tarde alterados drásticamente y finalmente se los deja desvanecer sin ceremonias. Siendo la naturaleza humana lo que es, dé-

² John Jewkes, *The New Ordeal By Planning* (MacMillan, Londres, 1948) pássim.

cada por medio más o menos, se desempolvan los viejos planes, tal vez con un nuevo nombre, y el proceso comienza de nuevo.

EN EL PAÍS DEL NILO

En el mundo antiguo, por supuesto, tener autoridad sobre las mercaderías más importantes, los alimentos, era ciertamente tener poder. “El hombre, o clase de hombres, que controlen la provisión de alimentos esenciales tiene la posesión del poder supremo. Por lo tanto, el resguardo de la provisión de alimentos ha sido preocupación de los gobiernos desde que éstos han existido”, escribió Mary Lacy en 1922.¹ Y tan temprano como en la quinta dinastía de Egipto, generalmente ubicada en el año 2830 A.C. o antes, el monarca Henku había inscripto en su tumba, “Fui señor y veedor del grano sureño en esta tierra”.

Durante siglos el gobierno egipcio trató de mantener el control de la cosecha de granos, sabiendo que el control de la comida es el control de la vida. Utilizando el pretexto de prevenir el hambre, el gobierno gradualmente reguló más y más los graneros; la regulación llevó a la dirección y finalmente a la apropiación: la tierra se convirtió en propiedad del monarca y era rentada por él a los agricultores.²

Bajo la dinastía Lagid (fundada por Tolomeo I Soter en el año 306 A.C.) “había una real omnipresencia del estado... El Estado... intervenía empleando ampliamente todas sus prerrogativas legales... todos los precios se fijaban por mandato a todos los niveles”.³ De acuerdo con el historiador francés, Jean-Philippe Levy, “el con-

1 Mary G. Laey, *Food Control During Forty-Six Centuries* (Discurso ante la Agricultural History Society, Washington D.C, 16 de marzo de 1922) reimpresso (Foundation for Economic Education, Inc. Irvington-on-Hudson, Nueva York) pág. 2.

2 *Ibíd.*, págs. 3-4.

3 Jean-Philippe Levy, *The Economic Life of the Ancient World* (University of Chicago, Chicago, 1967) págs. 40-41.

trol tomó proporciones amenazantes. Había un ejército completo de inspectores. No había más que inventarios, censos de hombres y animales... estimaciones de cosechas futuras... En los pueblos, cuando los agricultores que estaban disgustados con todo esto huían, los que quedaban eran responsables por la producción de los ausentes... (uno de los primeros efectos de controles de precios rígidos en productos agrícolas es el abandono de las granjas y la consecuente caída en la provisión de alimentos). La presión (de los inspectores) se extendía, en caso de necesidad, a la crueldad y la tortura”.⁴ Los trabajadores egipcios sufrieron mucho durante este período de los abusos de la intervención estatal en la economía,⁵ especialmente con la “ley de bronce”, una teoría económica que sostenía que los salarios nunca podían subir por sobre las mínimas necesidades para mantener a los trabajadores vivos. Los controles de salarios establecidos por el gobierno reflejaban esta doctrina económica prevaleciente.

“Luego de un período brillante”, concluye Levy, “la economía egipcia sufrió un colapso a fines del tercer siglo AC, como también su estabilidad política. La crisis financiera fue ya permanente. La moneda se devaluó. El comercio de Alejandría declinó. Los trabajadores, disgustados con las condiciones que le habían sido impuestas, abandonaban sus tierras y desaparecían hacia el interior del país...”⁶

SUMERIA

En su muy instructivo trabajo, *Must History Repeat Itself?*, Anthony Fisher⁷ llama nuestra atención hacia un rey de Sume-

4 *Ibíd.*, págs. 41-42.

5 *Ibíd.*, págs. 42-43.

6 *Ibíd.*, pág. 43. Para más información sobre la economía egipcia en la antigüedad, ver también M.I. Finley, *The Ancient Economy* (Chatto & Windus, Londres, 1973).

7 Para una información más útil sobre la lamentable historia de las

ria⁸, Urukagina de Lagash, cuyo reinado comenzó cerca del año 2350 AC. Urukagina, de los pocos registros que nos han llegado, fue aparentemente un precursor de Ludwig Erhard, ya que inició su gobierno eliminando las cargas de las excesivas regulaciones gubernamentales sobre la economía, incluyendo a los controles de precios y salarios.

Un historiador de este período nos dice que de Urukagina “tenemos uno de los documentos más preciosos y revelantes en la historia del hombre y su perenne e incansable lucha por la libertad de la tiranía y la opresión. Este documento registra una vasta reforma de toda una serie de abusos prevalecientes, muchos de los cuales podían ser rastreados a una burocracia omnipresente y ofensiva... es en este documento que encontramos la palabra “libertad” utilizada por primera vez en la historia registrada del hombre; la palabra es *amargi*, la cual... significa literalmente ‘retorno a la madre’... todavía no sabemos por qué esta figura idiomática vino a ser utilizada por ‘libertad.’”⁹

BABILONIA

En Babilonia, hace unos 40 siglos, el Código de Hammurabi, el primero de los grandes códigos legales escritos, impuso

intervenciones gubernamentales de todo tipo en la economía (no sólo controles de precios y salarios), consúltese *Must History Repeat Itself?* de Anthony Fisher (London: Churchill Press, 1974) (Publicado en los Estados Unidos en 1978 por Caroline House, Ottawa, III.)

8 El diputado Edward J. Derwinski de Illinois, quien se opuso a la “Ley de Estabilización Económica” de 1971, insertó en el Congressional Record, del 12 de noviembre de 1973 (E7245), una interesante columna de Jenkin Lloyd Jones (Washington Star News, 10 de noviembre de 1973). El Sr. Jones puntualizó algunos fracasos históricos de los controles, destacando que “los esfuerzos para fijar precios para todo datan de 41 siglos, desde los reyes de la antigua Sumeria”.

9 S.N. Kramer, *The Sumerians* (Univ. of Chicago, Chicago, 1963) pág. 79.

un rígido sistema de controles entre salarios y precios. Recordando la naturaleza relativamente limitada de las economías antiguas, particularmente aquellas tan antiguas como Babilonia, es interesante notar el alcance de los controles de salarios impuestos por el Código de Hammurabi y la forma explícita en la que están registrados. Algunos artículos del Código (los estatutos completos sobre salarios y precios se encuentran en el Apéndice A) son suficientes para ilustrar esto:¹⁰

257. Si un hombre contrata a un trabajador de campo, deberá darle ocho gur de maíz por año.

258. Si un hombre contrata un resero, deberá darle seis gur de maíz por año.

261. Si un hombre contrata un pastor para vacas y ovejas, deberá darle ocho gur de maíz por año.

268 Si un hombre contrata un buey para trillar, 20 qa de maíz es su paga.

269 Si un burro ha sido contratado para trillar, 10 qa de maíz es su paga.

270 Si un animal joven se contrata para trillar, 1 qa de maíz es su paga.

Si un hombre contrata ganado, carro y conductor, deberá dar 180 qa de maíz per diem.

272 Si un hombre ha contratado un carro solo, deberá dar 40 qa de maíz per diem.

273 Si un hombre contrata un trabajador, entonces desde comienzos del año hasta el quinto mes, deberá dar seis granos de plata per diem. Desde el sexto mes hasta fin de año debe dar cinco granos de plata per diem.

274 Si un hombre contrata a un hijo del pueblo, paga de un ceramista cinco granos de plata paga de un sastre cinco granos de plata paga de un carpintero cuatro granos de plata paga de un soguero cuatro granos de plata

¹⁰ Las disposiciones parcialmente legibles han sido omitidas.